

Clavijero y la conciencia americana

FEDERICO REYES HEROLES

Tempestad, dice Víctor Hugo, una tempestad bajo el cráneo. Jean Valjean tiene que decidir: ¿debe delatar su verdadera identidad, presentarse ante la justicia y mostrar su brazo con el número 24601, decir ante el juez soy aquel al que ustedes buscan, dejen libre a este pobre hombre, o debe seguir oculto en su nueva vida, borrar su pasado, enterrar sus desgracias? En el silencio de su secreto, Valjean sufre. Nadie conoce los traspiés de su vida. La confusión domina todavía a Javert, su perseguidor. Su laboriosidad construye un cerco. Su fama pública descarta cualquier duda. El secreto ha sido bien guardado. Pero ese secreto en nada le ayuda: a donde vaya, en lo más recóndito y apartado de este mundo, Valjean se enfrentará a un inquisidor severísimo, implacable, para el cual no hay descanso o fatiga: su conciencia.

Para esas tempestades que provocan las noches en vela no hay somnífero lo suficientemente poderoso, ni puerta de salida de la sala de tortura. Lo fantástico y terrible, lo genial e inhumano, es que la conciencia conoce todos nuestros recovecos, hasta el más oscuro escondite. Totalmente desnudos, se nos ha tomado la medida de nuestro ser. No hay corset que disimule o engaño que funcione. Por eso muchos le temen y prefieren que languidezca, la prefieren pálida y enfermiza, débil, demacrada, pues cuando se le tonifica, cuando la conciencia crece, con sus incómodas preguntas, con sus súbitos y omnipresentes tribunales, las tempestades no cesan. Una y otra vez somos llevados a ese banquillo de los acusados. Cuando aparece el implacable fiscal y por fin lo vemos al rostro, resulta que es el nuestro. Nadie puede ser más severo. La traición a uno mismo provoca la muerte en vida. No es que la conciencia, como creía

Hegel, determine el rumbo. La vida seguirá igual adelante con sus contrahechuras y desgarramientos, con sus apasionantes intrigas. Pero aunque la conciencia no sea capaz de guiar al mundo sí hará que el registro del mismo sea diferente y con ello cambiará nuestra existencia. Nada más y nada menos. Quien no desea navegar en aguas profundas, que permanezca en el remanso de la inconsciencia. En palabras de Valery, la conciencia no gobierna pero sí reina.

Propiedad del espíritu han dicho algunos al referirse a ella, propiedad para conocerse y reconocerse en los atributos esenciales y en los accidentes, para seguir por la senda aristotélica. Conocimiento, sí, pero no un conocimiento objetivo, externo, con *coseidad*, sino un conocimiento interno de lo que creemos que debemos hacer. Aparece así la inevitable palabra *deber*. Pero no es un deber ante los otros, no hay código o normatividad escrita. Hay, eso sí, un requerimiento inaplazable que nace de nosotros mismos, una exigencia que nosotros fabricamos. La ética, entonces, no como escritura inamovible y perpetua, sino como una construcción y reconstrucción sistemática de nuestra lectura del mundo, de lo que es y debe ser. Quien no construye una ética no enfrentará dilemas. Irá por la vida sin tempestades bajo el cráneo.

Francisco Javier Clavijero fue un hombre de muchas y grandiosas tempestades. Lo fue precisamente porque supo plantear los dilemas, porque su conciencia era robusta. El ser humano es en su tiempo, llevará siempre un tatuaje calendárico. Si, como se dice, la Ilustración va del nacimiento de Montesquieu en 1639 a la muerte de Holbach en 1789, nuestro personaje habrá nacido muy próximo a

la mitad matemática de ese ciclo, es decir en 1731. Pero Clavijero no nació a la orilla del Sena, sino en Veracruz. Entonces, por azares de la vida, sobre Clavijero habría de caer la expresión criollo. ¿Cuál sería el tratamiento de sus padres a la cuestión? No lo sabemos. Don Blas Clavijero, su progenitor, hombre educado en la Francia de Luis XIV, recibiría distintas encomiendas en la tierra nueva. Allá irían con él los pasos cortos del vástago. Imaginemos Teziutlán en la sierra de Puebla, hoy todavía una población alejada en más de un sentido, a la mitad del siglo XVIII. Hasta allá irá en calidad de alcalde don Blas y su familia, luego a Ticayán en la Mixteca y así sucesivamente. Imaginemos las distancias, no geográficas, sino sociales, culturales de todo tipo, entre el pequeño criollo, Francisco Javier, descendiente de distinguidas familias y lo otro que lo rodeó en sus años mozos. Por eso Clavijero no podrá sacar de sí mismo la apasionante intriga del mundo indígena. Creció en él. ¿Quién era el extraño en aquel fortuito encuentro? ¿El mundo que lo rodeaba o el niño de excepción? ¿Negar al mundo o hacerse de él? Quizá de ahí su entrega a las lenguas para él extrañas de este continente y su interés por conocer sus significados profundos e incluso su gramática. Clavijero creció como parte de una pequeñísima minoría. Vio a su padre aplicar normas y preceptos que querían moldear la vida de esos seres cuyas coordenadas de entendimiento eran absolutamente otras. Fue esa convivencia la que lo situó en la encrucijada, en el choque de aguas entre las razones del lejano imperio y las de los nativos, para utilizar la acepción aséptica de los antropólogos. Pero Clavijero no adoptó una actitud defensiva, de protección de su pequeño mundo. Por el contrario, con seguridad notable y portador de un asombro fresco, se abre a ese otro mundo. Fue así un ser alimentado por la diferencia, diferencia en el vestir, en el comer, en las deidades que regían a unos y a otros, en la lengua, en la palabra como argamasa de la convivencia humana. La diferencia abismal y no la homogeneidad fueron su sino.

Las preguntas guiarían su vida. ¿Qué hacer con esos seres de comportamientos extraños, incorporarlos a los cánones europeos a cualquier costo o permitirles que siguieran siendo? Pregunta que, si se me permite, no hemos podido responder del todo. ¿Son los seres humanos iguales en esencia? ¿Existe de verdad esa esencia? ¿Por qué somos distintos? ¿Hay acaso unos mejores que otros, en el físico, en lo moral? ¿Dios existe para todos o sólo para unos cuantos? ¿Si es tan generoso, por qué hay tantos miserables? Como olas incontenibles le llegan esas preguntas y lo sacuden.

Después de asistir a los colegios jesuíticos de Puebla, Francisco Javier ingresa al noviciado de La Compañía de Jesús. Lo acogen los espléndidos muros y bellísimos pasillos del convento de Tepozotlán. La riqueza de la formación jesuítica lo llevará a incursionar en Aristóteles pero también en Descartes, en Leibniz, en Newton, para convertirlo en maestro del Real Colegio de San Ildefonso, no sin los avatares vinculados con la lectura de algunos libros prohibidos. De ahí surgiría el troquel que su pensamiento llevará toda su vida y que lo conducirá a debatirse entre su vocación científica y filosófica y la formación del creyente que no debe preguntar demasiado, el que topa con la fe y allí calla, debe callar. Clavijero se desgarrará permanentemente entre las dos aproximaciones a la vida. La tensión es evidente.

Las preguntas se multiplican. Condorcet señalaba el progreso del espíritu del hombre y sugiere que éste es medible. Pero la religión imponía la igualdad de los hijos del Señor. Si unos estaban adelante y otros atrás, ¿cómo se podía hablar de igualdad? Su conciencia, su exigencia se bifurca. El sacerdote quiere benevolencia. El científico, el filósofo, no cede en la dureza del concepto. Pero tampoco caben ingenuidades. ¿Cómo hablar de igualdad cuando se profesaban los sacrificios humanos? ¿Cómo negarles la validez de sus deidades si llevan siglos asidos a ellas? Inferioridad y superioridad son palabras que siempre incomodan, más aún cuando se habla de pueblos. Pero ¿cómo negar que existen culturas más elaboradas, para usar un sofisma, que otras? Y ¿dónde queda la unidad del género humano que tanto propugnaban los nuevos filósofos de la época y también la religión? En pleno furor científico los prejuicios dominaban. Recordemos algunos muy populares: el demonio está detrás de esas seudoreligiones de los aborígenes, Satanás mismo se ha apoderado de sus almas, ha encarnado en Huitzilopoztli. La misión de todo buen cristiano es redimir las almas, llevarlas de nuevo a la senda del bien. Juan de Torquemada se pasea con placidez altanera por las mentes más brillantes de la época. Incluso de la obra de Clavijero se dirá que es un compendio de La monarquía indiana. La lucha contra los fantasmas pareciera no tener fin. Ahí está la idea de que, al fin y al cabo, hay continentes jóvenes, como América, y otros maduros, como Europa; por eso, se afirmaba, hay más animales y de mayor tamaño en el viejo continente. El anecdotario sigue. Demasiada agua, diría José de Acosta; ése es el problema. América no es habitable. Los nativos son enemigos del trabajo, exclamará el marqués de La Condamine. De cada enorme gota de feroz lluvia que cae en

América nace un sapo. Las mujeres tienen grandes pechos porque están más cerca de las bestias. No faltaría por allí quien dijera que también los varones llevaban leche en las tetillas. No, están equivocados, gritará el antropólogo holandés Cornelius de Pauw, no es un continente joven; por el contrario: es viejo y degenerado. En Europa está la fuerza de la juventud. Además, América está llena de volcanes furiosos y de vegetación que crece por minutos. La discusión no deja tregua. Robertson, el inglés, sale al ataque de las Américas. Grita salvajismo, barbarie en el mejor de los casos.

Más y más preguntas inundan la atmósfera intelectual de la época. ¿Hasta dónde el carácter es innato? De Pauw, en sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, no dejaba margen: había grupos humanos indolentes e indómitos. Los indios americanos, decía, son "como una raza de hombres que tienen todos los defectos de un niño, como una especie degenerada de la humanidad, cobarde, impotente, sin fuerza ni vigor físicos y sin elevación de espíritu". Clavijero guarda una relación difícil con Torquemada, con Buffon, con De Pauw. De ellos aceptaba la intención científica, pero no dejaba que los odios intercontinentales se apoderaran de su trabajo. Su conciencia religiosa, su experiencia vital y su rigor filosófico le impedían aceptar las torceduras de la razón, así vinieran de Europa.

Éstos fueron algunos de los interlocutores que Clavijero tendría que encarar, y lo que hoy nos provoca risa y nos parece absurdo, era la avanzada científica del momento. De allí que Clavijero diera una respuesta puntual a cada uno de estos lances. El determinismo climático que explicaba el atraso a partir de las altas temperaturas y la mucha agua, y que tuvo seguidores muy respetables como el propio Montesquieu, era quizá el más poderoso. Buffon y sus bufonerías tendrían también muchos seguidores. Tesis —diría Georges-Louis Leclerc de Buffon—: los indígenas no pueden abstraer, de allí que sus lenguas carezcan de conceptos centrales. Respuesta de Clavijero: falso, eternidad, alma, prudencia y justicia están en la lengua náhuatl. Tesis: son salvajes, carecen de formas de organización social elaboradas. Falso, responde Clavijero: las técnicas de explotación agrícola eran muy complejas; el cacao se convirtió en moneda de curso; el comercio representaba una actividad muy generalizada, las sociedades se dividían en estamentos y clases, había nobleza. ¿Qué mayor prueba de civilización que los tribunales? Uno a uno los va tomando entre sus líneas y los sujeta al escrutinio de su rigor.

Pero ¿qué fue de toda esa grandeza inca, olmeca, maya —preguntan ufanos a Clavijero—, se desvaneció, desapareció, degeneraron entonces? Clavijero responde: ocurrió lo que en muchos otros momentos de esplendor de las civilizaciones: entraron en declive, lo cual no borra a estos pueblos de la historia. No son excepción. ¿Cómo explicar el devenir de la gran Grecia y Roma en la depravación y finalmente en la oscuridad? ¿Comparar —interroga Clavijero—, quieren comparar? Entonces Netzahualcóyotl, poeta y gobernante, debería estar a la altura de Solón, y Texcoco, con sus múltiples instituciones, sería como Atenas. Esa versión gustaría todavía a muchos. "Bravo —le aplaudirían a Clavijero—, así se hace. Siga por ahí, padre Clavijero, viva el indígena como origen de nuestras grandezas, viva nuestro pasado glorioso que alimenta nuestro nacionalismo, mueran los gachupines, abajo los europeos." Conclusión: somos el ombligo del mundo. ¡Qué fácil sería esta visión ramplona, caricaturesca, de nuestra realidad! Pero la historia que cuenta el jesuita veracruzano no es así, y por eso Clavijero no es un personaje popular. El científico que llevaba dentro pesa en su trabajo. Su conciencia no le permite libertinajes. Saca a los demonios de Torquemada, pero acepta que hay algo de verdad en su obra; fue como "buscar piedras preciosas en el estiércol", dice. Es claro que en el pensamiento de De Pauw hay una concepción racista, pero también lo es que la producción científica y filosófica de la época viene de Europa principalmente. Las comparaciones incomodan. No, no brotan ranas de cada gota, pero el agua en los trópicos llega siempre hermanada de brutalidad. Por supuesto que el determinismo geográfico no lo explica todo, pero cómo negar el impacto del clima en el carácter. El sacerdote Clavijero cree en la unidad del ser humano y defiende la belleza de las mujeres americanas, pero el científico Clavijero admite que algo no es del todo igual frente a los negros. Debe explicar las diferencias. Ése es su gran reto. Su conciencia científica y cristiana no le dejan escapatoria. Para ambos mundos la diferencia es una encrucijada. ¿Cómo digerir el asunto? La pregunta central sigue sin respuesta: ¿los seres humanos son o se hacen, o son y se hacen, se hacen por el clima, se hacen por las creencias, se hacen por la educación, por los hábitos y las costumbres que —en expresión de Aristóteles— son una segunda naturaleza? ¿En qué quedamos por fin? Las tempestades persiguen a Clavijero. Un hombre con conciencia tiene que decidir y tomar una postura frente al mundo. Clavijero lo hará.

Con la expulsión de los jesuitas, para Clavijero llegará el exilio. El periplo lo lleva a Bolonia. Lo que fue vivencia se constituye en recuerdo. Clavijero tendrá ahora, a la distancia, que leer los testimonios y descripciones de colegas y enemigos, algunos de los cuales desconocen la América. Es un testigo privilegiado. Por origen y educación es europeo. Por vivencias y pasión es mexicano, es americano. Como bien ha recordado otro ilustre veracruzano, Gonzalo Aguirre Beltrán, para Clavijero llega el momento de asumir por escrito los compromisos. Sí a la unidad del género humano, pero las diferencias en todo caso sobrevienen. Entonces es necesario explicarlas. Es la instrucción, la cultura la que determina los caminos. Con esto Clavijero pone las semillas del pensamiento liberal. La igualdad seminal es la piedra de toque de Arriaga y Mora y de cualquier liberal que tenga huesos. El sacerdote Clavijero entra en conflicto, pues todos los hombres son iguales ante Dios. La distancia entre el creador y todos los humanos debe ser la misma. Dios no puede hacer distingos entre militantes y no militantes de su causa, faltaba más. No hay almas perdidas sino diversidad religiosa. Clavijero se pone así del lado de los más benevolentes misioneros conquistadores que, con frecuencia, perdieron la batalla frente a la catequización a marchas forzadas y sin consideración. Pero el filósofo Clavijero se inclina por la universalidad de ciertos derechos plasmados en la ley. Así que europeos y americanos son iguales ante los ojos de Dios, no hay diferencias y tampoco las debe haber frente a la ley, con lo cual apunta a la columna vertebral del poder colonial. Nada justifica la disminución de derechos. Conclusión: los habitantes de la metrópoli y de las colonias deben ser ciudadanos plenos, iguales todos. De nuevo Aristóteles. A la verdadera ciudadanía se llega en libertad y con conocimiento. Las diferencias, otra vez, son, según Clavijero, de instrucción y lanza: los europeos han tenido más instrucción que los americanos; ahí está la explicación: "la educación de la juventud—dice—es el fundamento principal de un estado". No hay límites geográficos ni raciales para la razón. Los límites están determinados por la instrucción o su ausencia. Por lo tanto, no hay nada similar a una condición prenatal, previa, genética, racial, de carácter, de esencia. Los pueblos son por su instrucción. Clavijero hace pasar incluso a las diferencias religiosas por este tamiz. "El sistema de la religión natural—apunta—depende principalmente de la idea que los hombres tienen de la divinidad. Si el supremo ser se concibe como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre sus criaturas, en las prácticas reli-

giosas se advertirá amor y respeto. Si por el contrario, se imagina como un tirano inexorable, el culto será sanguinario." En esto Clavijero es un hereje frente a sus correligionarios, pues plantea una lectura casi sociológica de los efectos de las religiones. David Brading, ese gran historiador, ha visto otra consecuencia notable de esta posición de Clavijero, pues así rompe de tajo con el cómodo expediente de que los pueblos indolentes merecen gobiernos despóticos. La indolencia no es de sangre, no corre por las venas de los americanos. La indolencia, real, se explica por la carencia de instrucción. Al quebrar con las interpretaciones simplistas del pasado, Clavijero lo recupera en una lectura mucho más universal. Se acaba la dicotomía de barbarie o civilización. También la lectura de progreso lineal se descalabra. Al estudiar con cuidado el entorno ecológico de la naturaleza del continente americano, lo incorpora como un factor real a considerar y no simplemente como un espacio mítico de fuerzas indomeñables.

Finalmente, si ante los ojos de Dios sólo hay iguales, si la ley abraza a todos los humanos, si las diferencias son culturales, de instrucción, entonces no hay impedimento para la mezcla. Clavijero cree en el mestizaje biológico y cultural. Ese criollo, que se declara a sí mismo mexicano, ve en el encuentro la posibilidad de ir a un nuevo estadio cualitativamente distinto. El encuentro es carnal, entre españoles y mexicanos, es de leyes y costumbres, es también religioso. No sustituir vocablos que invocan deidades sino adoptarlas. Aquí el sacerdote flaquea: puede más el filósofo, puede más el protoantropólogo que llevaba dentro. Pero si el sincretismo cultural era ya práctica común y se aceptaba como discusión, el sincretismo religioso era franca herejía. A diferencia de sus correligionarios, Clavijero no cree en el rescate de las almas ni en los demonios, sino en una vida espiritual elevada bajo cualquier signo.

¿Pero son acaso estos dilemas producto de una mente enferma y atormentada? ¿Será quizá que, atezado por los dos mundos, el ibérico y el mexicano, y por sus múltiples y contradictorias pasiones, la religión, la ciencia y la filosofía, este hombre cayó preso de la banal tentación de hacer el mundo a su medida? De ser así podríamos enterrar al ilustre veracruzano y, en definitiva, pasar a discutir asuntos más relevantes de nuestro sacudido México. Me temo que no es así. Algunas de las tormentas que persiguieron a Clavijero siguen allí y nos visitan recurrentemente sin invitación previa. Debo abrir un paréntesis bibliográfico.

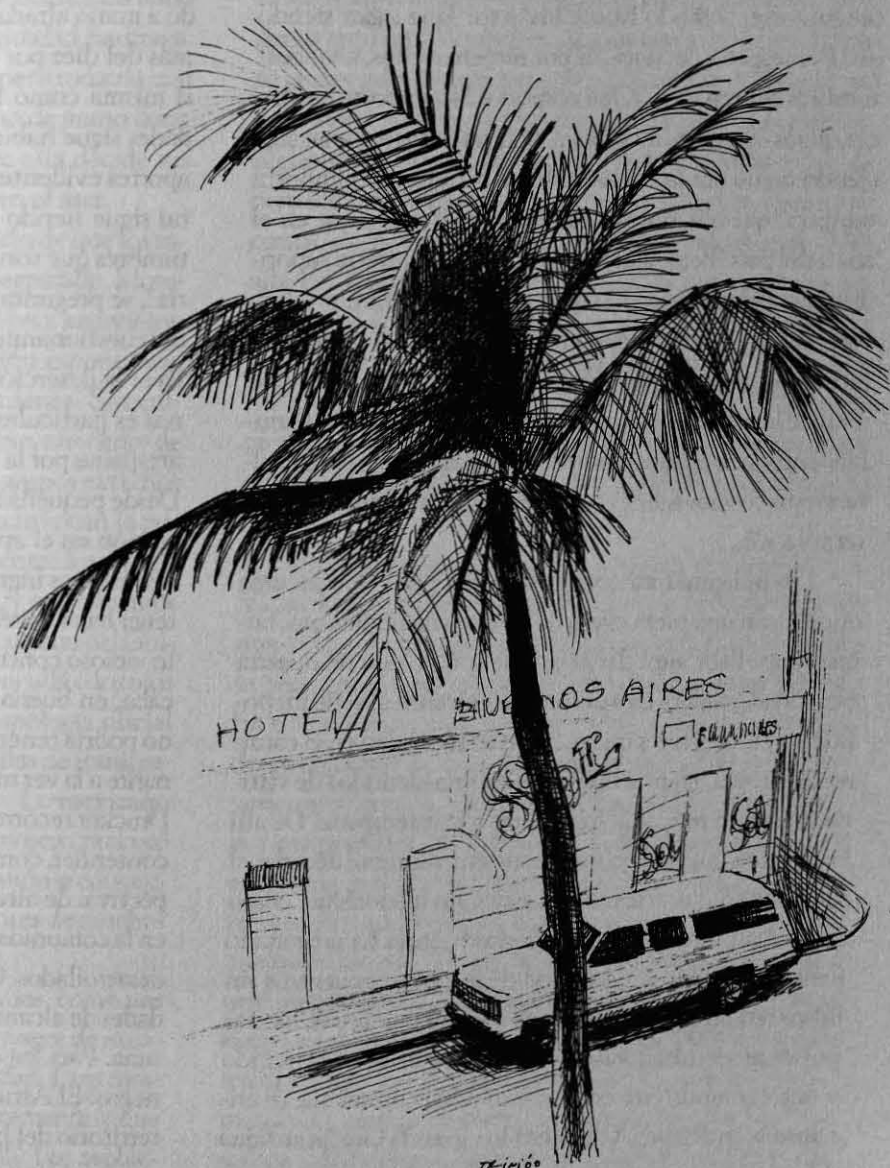
Han transcurrido más de dos siglos desde la muerte de Clavijero. Su obra vio la luz en Italia poco antes de su

muerte. Sin embargo, los que no somos religiosos, tenemos que admitir que de milagro se salvó el manuscrito original de la *Historia antigua de México*, pues durante casi dos siglos estuvo a la deriva. Va una pequeña historia. Después de la muerte de Clavijero ocurrida en Bolonia en 1787, un hermano, también sacerdote, llamado Ignacio, recogió y conservó intacto el manuscrito hasta su propia muerte, acaecida después de 1814. Fue ese mismo año cuando el papa Pío VIII, mediante una famosa Bula, restableció a la Compañía de Jesús en estas tierras. La guerra de Independencia estaba en curso, el país se encontraba totalmente convulsionado. El texto llegó a México, seguramente en poder de algún sacerdote, y fue a dar, según con-

signa don Mariano Cuevas, al Archivo de la Provincia. Allí fue tan bien guardado que se perdió la pista de la autoría. Años después, a finales del siglo XIX, el padre Basilio Arrillaga conocedor de antiguallas, escribió con ciertas dudas en la primera página del manuscrito: "creo que este manuscrito es el autógrafo de Clavijero". Pero no sería sino hasta principios del siglo XX cuando el padre Manuel Díaz Rayón tuvo a bien, para fortuna nuestra, dedicar tiempo a la comparación del manuscrito con otros de Clavijero hasta que confirmó su autoría. Pero todavía no estamos salvados. Don Mariano Cuevas nos relata cómo algunas manos furtivas, pero conocedoras, sustrajeron el manuscrito y lo pusieron a la venta en Estados Unidos. Fue otro jesuita muy reconocido, el padre Carlos María de Heredia, quien se dedicó a conseguir la elevada suma exigida para recuperar el original y, por vía de su hermano, hacerlo llegar a México a don Mariano. Durante casi 160 años, esa fantástica obra anduvo sin dueño, sin brújula. No será sino hasta 1945 cuando ve a la luz en México, en español. Cerramos el paréntesis.

Pero ¿qué tiene que decirnos este jesuita a los mexicanos del siglo XXI? ¿No será que he recurrido a ese popular expediente de evocar a un autor que nadie lee, precisamente para re-

godearme en el desconocimiento, en el típico desplante culterano de escarbar en un autor que a nadie le interesa? No, sostengo que Clavijero está vivo como autor y que los grandes dilemas en que él se sumergió siguen siendo nuestros. Revisemos unos cuantos. ¿De verdad hemos logrado superar el mentadísimo encuentro de los dos mundos? Después del levantamiento del Ejército Zapatista de 1994 difícilmente se puede soslayar que algo en relación con los 11 o 12 millones de indígenas de nuestro país anda mal. Allí está la primera tempestad: cómo tratar la diferencia. Por un lado no nos cansamos de mentar la belleza y riqueza de la diferencia per se. Qué orgullosos



nos sentimos de las 56 etnias que moran en nuestro país todavía en pleno siglo XXI. Recuperamos cuidadosamente las huellas de sus lenguas, de sus ritos, de sus trajes, de sus danzas. El muralismo las incorporó como la génesis misma de la autenticidad de lo mexicano. Icono ineludible del ser nacional. ¡Qué cómoda la expresión poliétnico, policultural más aún, y la de multiculturalismo, tan de moda! Pero, eso sí, está el otro lado, la otra faceta. Preferimos callar la frialdad del rasero estadístico, pues resulta que, en el triste rastreo de las desgracias humanas de nuestro país: mortalidad materna, mortalidad infantil, desnutrición, deserción escolar, analfabetismo, la que se tome, siempre aparecen en primer lugar los mismos cinco o seis estados, justo los que cuentan con los mayores asentamientos de población indígena. Cabría entonces preguntarse, como lo hizo Clavijero: ¿que sigan siendo así? Por respeto, decimos, es por respeto a ellos, a sus costumbres centenarias. ¡Qué cómodo! No importa entonces que la esperanza de vida en algunas zonas serranas siga siendo como era la nacional hace 50 años. No importa tampoco que allí mueran tres veces más niños que en el resto del país. Pero, claro, sacarlos de esa miseria supondría que dejaran de ser lo que son: campesinos, productores directos, atrapados en formas de cultivo sin ningún futuro. Sus expresiones culturales se verían alteradas. ¿No merece la vida misma una consideración superior? Cambiar entonces, cambiarlos entonces, aunque con ello se alteren sus cosmovisiones o continuar en la inhumana contemplación.

Los indígenas así como están son parte del discurso oficial, son una pieza clave de nuestro nacionalismo, faltaba más. Peor aún: decimos que son la base de nuestra identidad, palabra esta que en los extraños usos de los políticos remite a seres que pierden su identidad en el camino de su vida. Hemos edificado así una identidad de vitrina que corre riesgos al exponerse a la intemperie. De allí la cerrazón cultural en que se sustentó durante décadas el nacionalismo mexicano y que devino folclorismo, como todos, bastante superficial. Carlos Fuentes ha pregonado insistentemente la necesidad de ir a esos encuentros sin falsos temores. De hecho de ahí surgen muchos de los impulsos modernizadores de las culturas. Estar en el mundo y que el mundo esté en nosotros. Una cultura que se encapsula, se degrada. Clavijero lo vio en la Grecia antigua y lo vio en nuestras culturas. Lo vio también en los ufanos europeos incapaces de hacer un esfuerzo por comprender al otro. Todos querían medirlo con su vara. La xenofobia si-

gue presente igual en California, que en Austria, en Francia que en Almería al sur de la propia España. Xenófobos y nacionalistas exacerbados ven en los encuentros culturales una amenaza a la famosa identidad. La cultura o es universal o no es cultura, sentenció don Alfonso Reyes. Parafraseándolo irrespetuosamente, podríamos decir: la identidad o es universal o no es identidad.

Caímos así en un manejo bastante esquizofrénico de la imagen del indígena: uno es el del nicho nacionalista, ese que sacamos a pasear por el mundo para sustentar nuestra diferencia. Otro es el de la vida cotidiana, el marginado, el que sufre ostracismo, el pobre entre los pobres. Pero también, hay que decirlo, el que prohíbe a las mujeres participar en política, el que padece severos problemas de alcoholismo consuetudinario, el que quiere seguir votando a mano alzada para conservar el poder caciquil. Poco más del diez por ciento de la población se autodefine a sí misma como indígena y en muchas de sus comunidades sigue habiendo una clara resistencia a adoptar los aportes evidentes de la ciencia, con lo cual la vida como tal sigue siendo zaherida. ¿Hasta dónde modificar costumbres que son verdaderos grilletes que atan a la miseria?, se preguntaba Clavijero en el siglo XVIII. La validez del cuestionamiento no se ha perdido. Menciono un motivo: la deserción escolar femenina en las zonas indígenas es particularmente alta. Niñas, mujercitas, mujeres atrapadas por la tradición de un falso anclaje en el hogar. Desde pequeñas se les condena a no tener una mejor inserción en el aparato educativo y, por lo tanto, a no tener mejores ingresos. También se condena así a sus hijos a tener bajos niveles educativos, etcétera, etcétera. El círculo vicioso continúa. Para Clavijero la instrucción explicaba, en buena medida, las diferencias. Su aseveración no podría tener mayor validez. Hoy, en este loco y fascinante a la vez mundo globalizado, la advertencia de Peter Drucker recorre el orbe. Sólo los países educados podrán contender, competir en buena lid. No perdamos la perspectiva: de alrededor de 190 estados-nación registrados en la comunidad internacional, sólo 30 son considerados desarrollados. Otro grupo, también de 30, tiene posibilidades de alcanzar el desarrollo. Allí está México por fortuna. Para los otros 140, el horizonte es gris, cuando no negro. El África subsahariana es en las proyecciones el territorio del horror. Instrucción, demandaba Clavijero en el siglo XVIII, instrucción, en el XXI, es la que marca las distancias. No podremos atraer las inversiones que necesitamos para capitalizar al país si seguimos siendo inca-

paces de remontar nuestro bajo nivel general de educación, que no llega todavía a los ocho años, cuando nuestros competidores obligados en plena globalización tienen más de doce. Las divisiones siguen siendo válidas: Norte rico, Sur pobre; ricos educados, pobres ignorantes. Clavijero empeñó su vida en lograr que la imagen de la Nueva España no fuera manoseada con clichés y estereotipos. No lo hemos logrado. Algo hemos hecho muy mal. Por desgracia, no es poco frecuente toparse con apreciaciones que siguen respondiendo a la imagen que nosotros mismos prohibamos. El mexicano es excepcional, todo lo arregla con un alambrito. Genios innatos que vamos en el cabús de la tecnología mundial, porque "aquí sólo mis chicharrones truenan" y "yo sigo siendo el rey". Nuestro respeto interpersonal es uno de los más bajos del mundo y, a pesar de tener 29 millones de escolares que acuden a las aulas todos los días, nuestra cultura de la legalidad naufraga. Lentamente llegamos a la democracia, pero todavía casi 30% de la población prefiere un gobierno de mano dura. Queremos la modernidad, pero 26% de ella decide sus actos cotidianos con base en la suerte, en el azar.

Clavijero tuvo que combatir la versión de que los indios americanos se habían degenerado, degradado. Motolinía, Sigüenza y Góngora, el Inca Garcilaso, estuvieron en la misma batalla. No había generación espontánea, sino pluralidad. El mestizaje era conveniente. Sin embargo, en pleno siglo XXI, cada 12 de octubre, alrededor de la estatua de Cristóbal Colón, aparecen grupos extraños que, ataviados con plumajes y taparrabos invocan la pureza racial de los verdaderos mexicanos, entre los cuales, por supuesto, yo no me encuentro. Pero ¿y qué hacemos con las narices negroides, africanas, de las culturas del Golfo de México o las arábigas de por aquí y por allá o los ojos rasgados del occidente del país? La antropología oficial ha negado durante décadas las claras huellas de inmigraciones antiquísimas en nuestro territorio. Lo mexicano tenía que ser único. El mestizaje que Clavijero procuró en algunas zonas del país sigue siendo ilusión y conceptualmente no ha echado raíces en las mentes de muchos mexicanos.

Clavijero enseñó en el Colegio de Indios, como nos lo muestra Brading, y elogió muchos de los rasgos de su carácter: su generosidad, su piedad, su fidelidad. Pero también enseñó que se embriagaban frecuentemente y que eran desconfiados. Las bondades siguen allí. Los problemas también. Baste ver la incidencia en cirrosis en las zonas indígenas para contestar que el levantamiento de nues-

tro veracruzano jesuita empata, por desgracia, con la realidad. La desconfianza, justificada o no, no necesita gran argumentación.

Ilustrado es una expresión que usamos para referirnos a alguien que destaca por sus conocimientos, por hacer de ellos el motivo de su vida. Clavijero fue un gran ilustrado. Su sed de conocimiento pesó más que su dogma religioso. Sobrepujó así la racionalidad a su origen español, a su vocación religiosa, pero también a su evidente amor por los mexicanos. No estamos aquí ante un autor de esos que siempre quedan bien porque siempre abanderan las causas nobles, pero a la par callan las debilidades o contradicciones. Para ellos el mundo está dividido entre los buenos y los malos. Todo se simplifica así muchísimo y surgen los aplausos fáciles que alimentan la vanidad. ¡Qué fácil hubiera sido para Clavijero apostarles siempre a los pobres indígenas mexicanos y permitir que un sentimentalismo barato guiara sus pensamientos! No fue así, pues Clavijero, en todo momento, hizo un esfuerzo por escudriñar, por discernir las bondades y debilidades de la cultura europea-española, pero también lo hizo con las expresiones culturales que encontró en la Nueva España, su tierra de nacimiento. Más allá del maniqueísmo, penetró cuidadosamente en los laberintos de la religión católica, de sus efectos benéficos y de los que no lo eran. Lo mismo hizo con las otras religiones vivas entre las que creció. En ese sentido, obligó a los propios dioses a cruzar por el escrutinio de la razón. Pero quizá lo más asombroso fue su tratamiento moderno de la moral.

He comenzado estas líneas trayendo a la memoria a Víctor Hugo. No fue casual. El autor de *Los miserables* es una de las más sólidas piedras de toque para salir adelante de la pedestre discusión entre bien y mal que tanta sangre ha traído a la humanidad. Sobre Jean Valjean no pueden caer adjetivos fáciles: ni héroe permanente, ni perverso de colección. Valjean representa algo más complejo y más terrenal. Me refiero a esa condición de humano en la cual errores y aciertos, virtudes y defectos, se entremezclan en lo que es, al fin y al cabo, la historia de cualquier mortal. Visitar de nuevo el pasado, verlo con una mirada fresca, reconquistar ese territorio donde el simplismo quiere gobernar es un acto de liberación personal y colectiva. Ahí está la lección del gran jesuita veracruzano, para quien el mundo tampoco se dividía entre santos y demonios. Clavijero ya lo hizo en el siglo XVIII, y con ello fortaleció la conciencia americana y encaró las tempestades. ♦